





MARIA CALLAS

UNA BIOGRAFIA INTIMA





ANNE EDWARDS
MARIA
CALLAS
UNA BIOGRAFIA INTIMA

Traducción de Cristina Piña

Edwards, Anne

María Callas. -1a. ed., 4a. reimpresión - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo, 2015.
440 p.; 23 x 16 cm.

Traducción de: Cristina Piña

ISBN 978-950-02-7440-1

1. Título. I. Biografía
CDD 620.7

María Callas

MARIA CALLAS. AN INTIMATE BIOGRAPHY. Copyright © 2001 by Anne Edwards
Editado por acuerdo con St. Martin's Press, LLC. Todos los derechos reservados.

Traductora: Cristina Piña

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Diseño de interiores: Lucila Schonfeld

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4983 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

ISBN 978-950-02-7440-1

1ª edición: julio de 2003

4ª reimpresión: noviembre de 2015

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

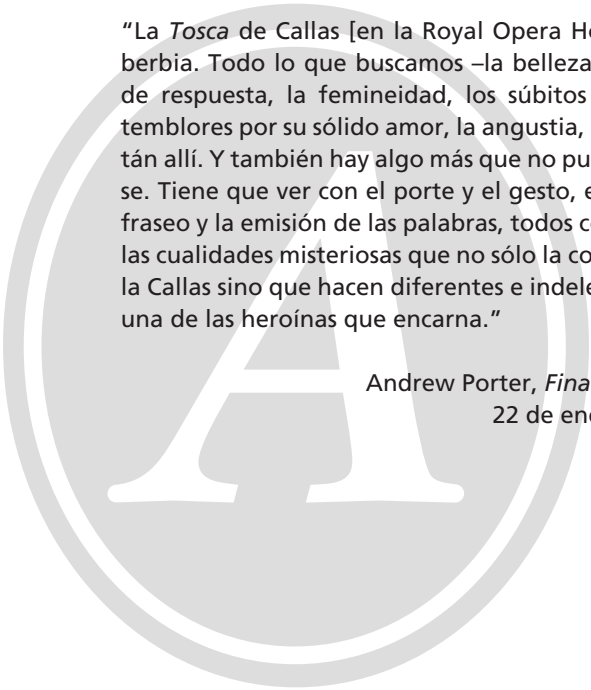
Libro de edición argentina.

Índice

Agradecimientos	11
1. Nueva York: 1923-1937	13
2. Atenas: años de estudiante	29
3. Los años de la guerra: 1939-1945	45
4. Los nazis salen a paso de ganso de Atenas	61
5. Nueva York: 1945-1947	75
6. Un debut italiano: Verona 1947	91
7. Nace una diva: Europa 1948-1949	105
8. María Callas Meneghini	119
9. María Meneghini Callas	135
10. Metamorfosis	149
11. América la hermosa	165
12. "Por favor, salve a La Scala"	179
13. Entra Onassis en escena	195
14. El difícil camino del estrellato	209
15. El otro griego	225
16. A bordo del <i>Christina</i>	239
17. Un crucero para recordar	253
18. Una relación histórica	269
19. Un asunto de familia	289
20. La pérdida de la inocencia	305
21. La tentadora y la señora del Presidente	319
22. El punto de inflexión	333
23. Un hiato histórico	347

24. En soledad	363
25. Días de gira	379
26. Influencias maquiavélicas	395
Bibliografía	411
Índice de ilustraciones	417
Índice temático	419





“La *Tosca* de Callas [en la Royal Opera House] es soberbia. Todo lo que buscamos –la belleza, la rapidez de respuesta, la femineidad, los súbitos destellos y temblores por su sólido amor, la angustia, el valor– están allí. Y también hay algo más que no puede definirse. Tiene que ver con el porte y el gesto, el timbre, el fraseo y la emisión de las palabras, todos combinados, las cualidades misteriosas que no sólo la convierten en la Callas sino que hacen diferentes e indelebles a cada una de las heroínas que encarna.”

Andrew Porter, *Financial Times*,
22 de enero de 1964



Agradecimientos

Durante gran parte de mi vida universitaria me especialicé en música, una opción osada de mi parte porque no tenía un talento musical específico que fuera lo bastante prometedor como para seguir una carrera en ese campo, aunque tenía sueños radiantes de convertirme en compositora. La palabra escrita ganó: mi amor por ella y mi necesidad de expresarme de la manera más plena posible me condujo a la senda que afortunada y felizmente he tomado. Mi amor por la música, por la ópera y por los grandes cantantes que la hicieron algo vivo para mí, ha permanecido y a menudo me ha sostenido.

A pesar de que tenía numerosas grabaciones de María Callas, la primera vez que la vi en vivo en un escenario fue en 1964, en la Royal Opera House, Covent Garden, Londres, en el papel de Tosca. Me quedé estupefacta. Allí había una cantante que comprendía profundamente no sólo la música que cantaba sino las palabras y a la persona que encarnaba. Tal vez Callas no tenía la voz más grandiosa del siglo XX, pero era la mayor intérprete de bel canto de la ópera. Cambió la forma de interpretar óperas para siempre. Es una tragedia que haya muerto tan joven y en medio de tanta controversia, que ninguna ópera se haya escrito específicamente para ella y que tan pocas de sus representaciones hayan sido registradas en filme.

Igualmente trágica fue su vida: una gran ópera apasionada representada en la realidad. Pero, sobre todo, Callas era una mujer de carne y hueso: fascinante, osada, una especie de Cenicienta que se convirtió en su propia hada madrina. En estas páginas, he tratado de traer a la vida a la verdadera María Callas. Me gustaría expresar mi gratitud a todos lo que me ayudaron de una forma u otra. Un biógrafo no trabaja solo. Muchas personas buenas y conscientes han contribuido con su mano orientadora a lo largo del camino. A muchas

las he mencionado en el texto, pero sería injusta si no repitiera mi gratitud a las obras anteriores sobre María Callas escritas por el fallecido John Ardoin, con quien todos los amantes de la música también tienen una gran deuda.

Estoy especialmente agradecida por su ayuda a Robert Sutherland, el excelente acompañante de Callas, a los más de cien amigos y miembros de las familias que estuvieron cerca de ella en Atenas (y que me ayudaron a reconstruir los años de la guerra), Nueva York, Verona, Roma, Milán y Dallas, que tanto contribuyeron con sus recuerdos y vívidas remembranzas; al excelente personal de la Biblioteca Británica, de la Biblioteca de la Ciudad de Nueva York, de la Biblioteca del Lincoln Center y el Museo de la Radio (Nueva York), y a los archivistas de la Metropolitan Opera House y la Royal Opera House.

Mi gratitud se extiende a mi entusiasta editor inglés, Ion Trewin, y a Hope Dellon y Sally Richardson en los Estados Unidos; al sostenido interés de mi agente, Mitch Douglas, de cuya vasta colección personal de discos obtuve algunas entrevistas e interpretaciones fantásticas de María Callas; y a Terence McCarthy, quien me ayudó en la investigación de muchas de mis anteriores biografías y demostró ser indispensable también en esta.

Mi marido, Stephen Citron, es un conocido biógrafo en su propio campo, el teatro musical. También es un excelente músico y un devoto de la ópera de toda la vida, que compartió generosamente conmigo su conocimiento enciclopédico, invaluable para mí. Esta vez, como siempre, ha sido mi mayor fuente de aliento.

Nueva York: 1923-1937

A diferencia de los demás inmigrantes griegos que iban en el mismo barco que los llevaba de Atenas a la ciudad de Nueva York, George y Evangelia Dimitriadis Kalogeropoulos y su hija de seis años, Yacinthy (Jackie) ocupaban un camarote en primera clase. El tapado de astracán de la señora Kalogeropoulos colgaba del pequeño armario junto a dos vestidos que había traído consigo. Guardados en el baúl del vapor ubicado en la bodega del barco estaban sus candelabros, platos, íconos y manteles de encaje. Litza, como se conocía familiarmente a la señora Kalogeropoulos, embarazada de cinco meses, no iba a llegar a un país extranjero como una refugiada pobre y desposeída. Migrar a América había sido idea de su marido, quien había vendido todos sus bienes para financiar el traslado, sin consultarla. Joven y cabeza dura (tenía sólo veinticinco años en ese momento), había luchado amargamente para que él revirtiera su decisión. George se negó y, si no hubiera estado embarazada, ella se habría quedado con Jackie y con su familia.

“Mi familia siempre estuvo en primera línea”, le repetía con orgullo a su pequeña hija. “Tu abuelo, mi padre, era general, Dios lo tenga en su gloria, como tu bisabuelo Dimitrios Dimitriadis. Tu tío abuelo, Kostas Louros, era el médico del rey, y yo...”, suspiraba, con sus ojos sorprendentemente azules y expresivos súbitamente llenos de resentimiento, “me casé con un farmacéutico.”

Litza sólo tenía diecisiete años cuando un primo le presentó a George Kalogeropoulos, un hombre bastante atractivo, quien, a pesar de que casi la doblaba en edad, acababa de graduarse en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Atenas. George, un hombre buen mozo de cabello castaño rojizo, bigote atrevido y un resplandor en sus profundos ojos oscuros, se sintió atraído por la juventud de ella, por su energía y sus antecedentes prestigiosos. Él venía del pue-

blo de Maligala, en el Peloponeso, y su familia era pobre. Durante muchos años había estado empleado como ayudante de farmacéutico en una farmacia de Meligala, la única farmacia en trece condados y un negocio excepcionalmente exitoso. El dueño, un hombre anciano, le había ofrecido vendérsela cuando se graduara. Para lograrlo, George había trabajado duro y ahorrado con esfuerzo. Ahora su sueño estaba a punto de realizarse.

Poco después de que Litza y George se conocieran, el amado padre de ella, el general Petros Dimitriadis, murió súbitamente de un infarto. George se sintió lleno de compasión. La jovencita vivaz y hermosa que había conocido estaba visiblemente desesperada y se mostraba vulnerable. Su padre había sido la persona más importante de su vida. Nada resultaba demasiado bueno o demasiado difícil de conseguir si era para "su Litza", la menor de sus once hijos. Litza descubrió en George un sustituto consolador y, el 7 de agosto de 1916, dos semanas después de la muerte de su padre, se casaron en una pequeña ceremonia privada en la iglesia ortodoxa griega, el novio ansioso por volver a su nueva posición como dueño de la farmacia y la novia feliz de encontrar una salida para el profundo duelo que imperaba en el hogar de los Dimitriadis. A la familia de Litza la horrorizaba que la joven no guardara un lapso adecuado de duelo y sus hermanos le advirtieron que George tenía aspecto de vago. Voluntariosa como siempre, y con la seguridad que George le había dado de que tendría una casa y una mucama cuando se casaran, nadie pudo detenerla. Lució un vestido blanco sencillo y sin adornos por respeto a su padre y no hubo recepción de bodas. Un hermano, que la había acusado de estar embarazada, fue excluido por Litza de la ceremonia.

La pareja de recién casados pasó una semana en la pequeña isla de Aegina, que, por ferry, estaba a breve distancia del Pireo, antes de ir a Meligala. El hogar que George le había prometido era, en realidad, un departamento de dos pisos sobre la farmacia y estaba conectado por una escalera que llevaba del primer piso a la entrada de la tienda. Litza se sintió desilusionada, pero hubo compensaciones: no sólo tendría una mucama sino que podría redecorar los dos pisos superiores. Casi inmediatamente la acosaron dudas acerca de si había sido atinado casarse con George. En Atenas, ella sólo había visto su costado encantador, lo apuesto que era y cómo se comportaba. Ahora se daba cuen-

ta de que venían de mundos diferentes; ¿podría ser alguna vez feliz viviendo en este mundo más prosaico?

A pesar de no ser rica, la familia Dimitriadis era considerada de clase media alta y tenía orígenes patricios. Había producido tanto excelentes músicos como oficiales del ejército y figuras políticas. Un hermano, que se había suicidado por un amor contrariado, había sido un prometedor poeta. La cultura de los Dimitriadis era el gran orgullo de Litza. Era "fanática de todo lo que tuviera que ver con la escena", le gustaba desplegar su conocimiento musical y hablar sobre los artistas famosos que había conocido. Meligala tenía poco que ofrecer de índole intelectual o artística. Litza se las arreglaba para arrastrar a George desde la farmacia a la ciudad costera de Kalamata, cuyo teatro era visitado por las compañías que estaban de gira. Secretamente, albergaba sueños de subir alguna vez a las tablas. No era una ambición insólita para una mujer griega. En esa época, como casi todas las otras profesiones eran sólo para hombres, el teatro era una de las raras carreras con las que una joven podía soñar. Pero Meligala, y las restricciones de su matrimonio, ofrecían escasas esperanzas de que tal fantasía alguna vez pudiera realizarse.

El pueblo era pintoresco: edificios blancos que atraían el fuerte sol de la mañana y arrojaban graciosas sombras frescas en el calor de las tardes de verano, caminos serpenteantes y varios oasis de verdor. Olivares bien cuidados florecían más allá de las fronteras del pueblo y entre sus dueños se contaban unos pocos residentes ricos, ninguno de los cuales hizo una agradable invitación a los recién casados. La infelicidad de Litza era evidente.

El 4 de junio de 1917, diez meses después de su boda (demostrando que su hermano estaba equivocado), su primera hija, Yacinthy, nació en Atenas, porque Litza no confiaba en el médico local. Tres años después, el 27 de junio de 1920, Litza dio a luz, nuevamente en Atenas, a un muy deseado hijo, llamado Vasily. A esta altura, Litza estaba segura de que su matrimonio con George había sido un error. Este, que todavía tenía aspecto atractivo y una naturaleza simpática, con la propiedad de la tienda y la paternidad había perdido el espíritu de diversión que la había atraído y, como flirteaba con todas las lindas mujeres a las que atendía en la tienda, las advertencias de su hermano la seguían inquietando. Centró su atención en el pequeño Vasily, un hermoso niño con ojos grandes, azules y soñadores y una adorable sonrisa que,

en su opinión, estaba destinado a ser poeta o músico. Jackie, en gran medida, quedó abandonada a sí misma, una situación que parecía no perturbar a la pequeña, quien encontraba a su madre a veces fría y distante y otras volátil.

“En ese entonces, el mundo se limitaba al sombrío interior de nuestra casa, los cuartos oscurecidos y la charla de los sirvientes [los Kalogeropoulos ahora tenían una mucama, una cocinera y un muchacho para los mandados que también entregaba recetas para George]”, recordaría después Jackie. La escalera era su mundo pues llevaba al cuarto de olor dulce donde su padre pasaba los días. Para ella era una “tienda mágica llena de hermosos tarros y botellas, de gabinetes de vidrio llenos de paquetes y tubos” y le encantaba observar a su padre “atendiendo gentilmente a las señoras que venían a la tienda, envolviendo sus paquetes, entregándoselos con una reverencia y un comentario, enroscándose el extremo de su bigote negro con una sonrisita”.

Lo único que unía a George y a Litza eran sus hijos; especialmente Vasily, el varón tan valorado por George, que a los tres años ya leía bien y podía reproducir una canción de cuna en el amado piano de Litza. Entonces ocurrió lo inenarrable. El niño contrajo fiebre tifoidea. La familia se puso frenética a medida que el estado del niño se deterioraba rápidamente. Ni los remedios que el médico local le prescribió ni las pociones que George obtenía de los otros médicos a los que consultaba ayudaron. En una semana, Vasily había muerto. La casa se convirtió en una oscura caverna de luto. Litza cayó en tal estado de depresión que se negaba a abandonar su cuarto y los días grises que trajo el duro invierno temprano sólo intensificaron la tristeza que se extendía por toda la casa.

En Pascua de 1923, Litza descubrió que estaba nuevamente embarazada. Machacaba incesantemente con la idea de volver a Atenas donde este *hijo* (estaba segura de que Dios le enviaría un reemplazo de Vasily) pudiera tener las ventajas de las que se había visto privado el hermano al que nunca conocería. Hubo feroces peleas con George, caían cataratas de lágrimas, se intercambiaban palabras amargas. El hogar era zona de guerra. Litza estaba en su quinto mes cuando George hizo que ella y Jackie se sentaran a la mesa del comedor y les informó que había vendido la farmacia y el departamento, por los que había recibido un muy buen precio, y –creyendo que esto endulza-

ría el golpe— había comprado pasajes de primera clase en un transatlántico que partía de Atenas a América tres semanas después. Quería que ellos tres y el niño que venía tuvieran una nueva vida y se había puesto en contacto con un viejo amigo de su época de universidad en Atenas, el doctor Leonidas Lantzounis, un cirujano ortopédico que había emigrado a Nueva York el año anterior y que en ese momento estaba trabajando para obtener su matrícula en los Estados Unidos. El doctor Lantzounis le había conseguido a George un trabajo como empleado en una farmacia hasta que se le permitiera ejercer como farmacéutico.

La furia y el resentimiento de Litza no disuadieron a George, quien estaba decidido a que su familia emigrara a los Estados Unidos. Litza había expresado abiertamente su descontento por vivir sobre una tienda en un pueblo provinciano como Meligala, pero la idea de dejar su patria por un país tan lejano y cuyo lenguaje no hablaba le parecía demasiado y una crueldad que George esperaba que ella lo aprobara. Lo súbito de esta decisión también la hacía sospechar de sus motivos. ¿De qué o de quién estaba escapándose? Litza consideró las muchas veces en que había visto a diversas mujeres casadas del pueblo sonreír seductoramente a su marido cuando entraban en la tienda. ¿Se había metido en una situación de la que no podía salir si se quedaba en Meligala o incluso en Grecia? Si no hubiera estado embarazada, declaró muchas veces Litza, habría tomado a Jackie, vuelto a Atenas y dejado que George se fuera a América solo. Pero tenía que considerar a su hijo, que pronto nacería. Un varón necesitaba a un padre y un hombre griego nunca abandonaría a un hijo.

“No sufriremos”, le aseguró George. “América es la tierra de las oportunidades. Tenemos suficiente dinero para vivir bien hasta que obtenga mi matrícula y entonces seremos ricos. Ya verás.” También subrayó las cosas maravillosas que Nueva York tenía para ofrecer: el teatro, las salas de concierto, la ópera, los museos y una gran colonia de griegos que provenían de las mejores familias de Atenas. Litza no estaba convencida. Para ella, no había ninguna ciudad más bella o más rica en su historia, herencia y cultura que su Atenas nativa.

Litza lloró cuando vio que tantas de sus preciadas posesiones se empezaban a empacar en cajas que se enviarían a su casa familiar, donde las guardarían, como George prometió, sólo hasta que tuvieran un lugar permanente en Nueva York. Su ánimo se oscureció más

a medida que se acercaba la fecha de partida. Y cuando abordaron el barco que los llevaría a su nuevo hogar en el otro extremo del mundo en un día de terrible calor de fines de julio de 1923, Litza estaba tan mortificada que no quiso subir a cubierta para despedirse de los miembros de su familia, reunidos en el muelle del Pireo para decirles adiós.

Demasiado avanzado su embarazo para usar alguno de sus vestidos arreglados, durante las dos primeras noches se negó a unirse a George para la cena. La tercera noche, al enterarse de que habría un recital de una cantante cuyo nombre reconoció, cambió de opinión, se puso un largo chal bordado sobre sus ropas de día y, llevando sus mejores aros y una peineta de carey y brillantes (herencia familiar) en el cabello, entró en el salón comedor del brazo de George. Formaban una linda pareja con su apostura morena y su porte patricio. Desde ese momento en adelante, cuando hablaba con otros pasajeros, Litza se refería a su marido como “el doctor”, hablaba con bastante desprecio de la pobre gente que viajaba en tercera clase y advertía a Jackie –una alegre y bonita niña de seis años que todavía no sabía que sus tropiezos eran causados por la miopía– que no entrara en esa sección del barco por miedo a que se contagiara piojos.

El 2 de agosto de 1923, el día de su llegada a los Estados Unidos, George despertó a su esposa y a su hija a las 4 de la mañana para que pudieran subir a la cubierta y ver la Estatua de la Libertad cuando el barco entraba en el muelle de Nueva York. Como eran pasajeros de primera clase, tenían papeles (tal vez por inspiración de Litza) según los cuales estaban de visita por tres meses en Nueva York, donde George asistiría a una convención médica, y llevaban suficiente dinero para cubrir todos sus gastos y evitaron que los arrearan con el resto de los emigrantes a los atestados salones de Ellis Island.

El doctor Lantzounis, un hombre grandote, cariñoso e inteligente, cuyo origen griego era inmediatamente reconocible, los recibió en el muelle. Los hombres se abrazaron y Lantzounis alzó a Jackie en sus brazos. Tras haber estado en Nueva York un año, hablaba inglés y tenía un aspecto de seguridad que ayudó a que les entregaran rápidamente su equipaje. George y Litza estaban deslumbrados, incapaces de entender una palabra de lo que les decían y abrumados por la cantidad de personas buscando ansiosamente una cara familiar, así como por la altura y densidad de los edificios que se elevaban

espectralmente a través de la niebla que rodeaba a la ciudad en ese caluroso día de agosto.

A raíz de la cantidad de baúles, hubo que tomar dos taxis, George y el doctor en uno y Litza y Jackie en el otro. Esto implicaba que a Litza la llevaba un hombre que no la entendía a un destino desconocido. Durante todo el trayecto, apretó a Jackie estrechamente contra ella, aterrorizada. No ayudaba que los faroles estuvieran cubiertos con estameña negra. Toda la ciudad y el país estaban de duelo por la muerte del presidente Warren Harding, quien unos pocos días antes había muerto súbitamente de un ataque cardíaco en San Francisco, al volver de un viaje a Alaska.

El primer hogar de la familia Kalogeropoulos fue un departamento de tres habitaciones en Astoria, Queens, con vista a través de la Hell Gate hacia los impresionantes rascacielos de Manhattan. Había un pequeño parque a unas cuadras de distancia con un área de juegos para Jackie. En esta época, los extranjeros y sus hijos representaban tres cuartas partes de los residentes de la ciudad. Los grupos generalmente tendían a vivir en estrecha proximidad, en lugar de lanzarse individualmente a la vida norteamericana. Pero estas secciones de inmigrantes se desintegraron de forma gradual, extendiéndose a otras a medida que los miembros más ambiciosos mejoraban su situación, aunque se mantenían en otros enclaves de su misma extracción étnica. En 1923 había alrededor de 25.000 griegos en la ciudad de Nueva York, y menos de un décimo de ellos vivían en esta zona de Queens (originalmente hogar de inmigrantes italianos),¹ que era una comunidad de trabajadores ubicada un nivel por encima de la sección donde los griegos sin conocimientos de inglés o sin salarios seguros generalmente formaban su hogar al llegar a los Estados Unidos, pero por cierto no la zona donde los griegos ricos se instalaban. Litza, a la vez arrogante y humillada, se mostraba despectiva con sus

¹ En 1924, Konrad Bercovici escribió: "Un mapa de Europa superpuesto sobre el mapa de Nueva York podría demostrar que los diferentes grupos extranjeros... viven en la misma proximidad entre sí que en Europa: los alemanes cerca de los austríacos, los rusos y los rumanos cerca de los húngaros y los griegos al lado de los italianos... Si los italianos suben por Harlem, los griegos los siguen, los españoles se les unen, con los franceses siempre quedándose detrás y los alemanes expandiéndose hacia el este".

vecinos de clase obrera y a Jackie no se le permitía usar el campo de juegos de que se enorgullecía la zona, pues su madre no quería que se asociara con niños de “clase baja”.

Litza había traído su abrumador orgullo a través del océano. No importaba cuáles fueran sus circunstancias, no se permitiría –y tampoco a Jackie– olvidar que era una Dimitriadis, una familia de alta reputación en Atenas; tampoco aceptaría su situación como inmigrante. George, en cambio, se adaptó con bastante facilidad. Comenzó a trabajar unos días después de su llegada y aprendió inglés a una velocidad asombrosa. Trabajaba muchas horas y viajaba cuarenta y cinco minutos en subterráneo al comienzo y al final de cada jornada. Cuando llegaba a su casa a la noche se enfrentaba con las amargas quejas de su mujer.

El 2 de diciembre, cuatro meses después del día de su llegada a Nueva York, Litza entró en trabajo de parto y fue llevada por el doctor Lantzounis al Hospital Flower de la Quinta Avenida, en la parte baja de Nueva York, donde él estaba terminando su residencia norteamericana. Litza seguía hablando del hijo varón que pronto tendría. Durante meses había tejido suéteres y gorros celestes para el bebé. El niño se llamaría Petros, por el padre de ella. “Desde que Vasily murió, había rogado que otro hijo llenara el lugar vacío en mi corazón”, escribió más tarde. No permitía ni hablar de la posibilidad de tener una segunda hija. A Jackie le dijeron que pronto tendría un hermanito. Cuando, sin duda después de un parto difícil, una enfermera le alcanzó una niña de rostro rosado y cuatro kilos ochocientos de peso, se afirma que dijo: “Llévesela”.

“Era grande de recién nacida”, recordaba Jackie, “y tenía una corona de mechones de cabello negro lacio muy diferente del resto de nosotros... Mi padre le decía a mamá por qué no trataba de mirar a la niña, pero ella seguía mirando la nieve y sin darse por enterada. Claramente enojado, mi padre me aferró de la muñeca y salió precipitadamente [del cuarto de hospital].”

Cuatro días más tarde, Litza finalmente accedió a darle nombre a la niña, María. Amamantó a la beba con actitud reacia y a menudo lloraba cuando se la traían para que la alimentara. Siempre afirmaba que María había nacido el 4 de diciembre y que por su tamaño había soportado dos días de torturante trabajo de parto. Sin embargo, el doctor Lantzounis recordaba que la chiquita, quien

sería su ahijada, fue dada a luz el mismo día que trajo a la madre al hospital.²

Sólo tres años después María fue bautizada Anna Cecilia Sophia María Callas en la iglesia ortodoxa griega de la Sagrada Trinidad, en la calle 74 Este N° 31. George había cambiado legalmente su apellido, pues, afirmaba, era difícil de pronunciar para sus clientes. Cuando obtuvo su matrícula, había pedido la ciudadanía estadounidense y comprado una farmacia en la calle 38 y 8ª Avenida. Situada en lo que entonces era un barrio "zaparrastroso", fue todo lo que George pudo afrontar. La mayor parte de sus ahorros había desaparecido y, de nuevo, Litza estaba viviendo con su familia sobre una tienda, esta vez en un vecindario ruinoso aunque habitado por una gran cantidad de griegos. No era un barrio miserable, pero estaba varios niveles por debajo de Astoria. A pesar de esto, Litza vestía a sus hijas con ropas de telas finas y les ponía moños almidonados en el cabello oscuro, limpio y brillante. Ambas hablaban inglés pero sólo se tenían una a la otra como compañía.

"No me permitían salir después de la escuela", recordaba Jackie. "Mamá ejercía todavía más discriminación de la que había practicado en Maligala [o Astoria]... para ella, nadie llegaba a lo que consideraba nuestros patrones sociales."

María era una niña gordita y feliz. Compartía el cuarto con Jackie y adoraba a su hermana mayor, que le leía por las noches. Cuando cumplió cinco años, a ella y a Jackie les recetaron anteojos, pues el doctor Lantzounis le llamó la atención a Litza sobre los problemas visuales de las niñas. George trabajaba doce horas por día. No sólo mezclaba drogas para medicamentos, sino también esencias de flores para perfumes y cosméticos que vendía en la tienda junto con otras cosas. Como ya eran un poco más ricos, Litza insistía en que se mudaran a otra zona de la ciudad y alquilaran un departamento en Riverside Drive. George tenía temor de que fuera demasiado caro para poder mantenerlo, pero fue incapaz de disuadir a su esposa,

² De niña y de joven María aceptó el 4 de diciembre como su cumpleaños. Más adelante, celebraba su cumpleaños el 2 de diciembre, muy probablemente en un gesto de desafío a su madre. La hora y día exactos son imposibles de fijar porque los registros del hospital se perdieron.

quien también despotricaba por las bellas posesiones que habían dejado en Atenas. Para compensarla por la ausencia de su precioso piano, George se las arregló para encontrar los fondos, enseñando griego en las pocas horas libres que tenía los domingos, para comprarle una pianola.

María quedaba instantáneamente transfigurada por los sonidos que salían del instrumento. Litza sólo compraba rollos que tuvieran grabadas piezas clásicas de versiones para piano de arias de ópera, sobre todo Verdi y Bellini. Por las noches, mientras George todavía estaba en el trabajo, Litza se sentaba y movía los pies para producir música en la máquina. En otras ocasiones, María se introducía por debajo y operaba los pedales con las manos. La pianola significaba unas pocas ocasiones de alegría en el hogar de esta familia disfuncional.

“Nunca jugábamos con muñecas”, recordaba Jackie. “¿Cómo podíamos hacerlo cuando el único ejemplo de maternidad que conocíamos era una mujer que siempre estaba quejándose de haberse casado con nuestro padre?”

Ambas niñas soportaron períodos en que su madre estaba en estado de profunda depresión y en que sólo se oía el sonido de ásperas peleas entre sus padres. Hubiera sido insoportable si las niñas no se hubieran tenido una a la otra. Litza no era una mujer que abrazara o besara a sus hijas y era insólitamente estricta en sus órdenes de que se mantuvieran aisladas de otros niños y tuvieran en todo momento un comportamiento impecable e inmaculado. Cada vez más, George se quedaba afuera toda la noche, afirmando que dormía en la tienda para poder empezar a trabajar temprano. Litza nunca tuvo dudas de que había una mujer implicada y se aseguró de que sus hijas supieran que su padre había traicionado a la familia.

“No había otra mujer, al menos en esa época”, recordó más adelante un joven griego amigo de George. “Su hogar era un campo de batalla. Una vez dijo que él podía soportarlo pero que era poco sano para las niñas, por lo que se quedaba afuera todo lo que podía para resguardarlas. Trabajaba hasta muy tarde tratando de obtener un perfume o un cosmético que le diera más dinero. En cierta forma era un soñador.”

Era el invierno de 1929; el mercado de valores había quebrado. Estados Unidos avanzaba hacia una depresión económica que dominaría al país durante casi una década. El negocio de George sufrió

graves reveses pues los productos cosméticos y los perfumes en los que ponía tanto empeño se quedaban en los estantes, ya que sus clientes eran incapaces de afrontar tales lujos. Forzado a vender, lo hizo, como lo había hecho en Meligala, sin primero informar a Litza sus intenciones.

El día en que Litza se enteró de la venta de la tienda por menos del dinero que debían, se precipitó a enfrentarse a George "como si hubiera sido personalmente responsable de la inestabilidad económica del mundo occidental". Cuando él estaba de espaldas, buscó un frasco de pastillas y se las tomó, por lo que hubo que llevarla en ambulancia al hospital, donde le hicieron un lavado de estómago.

George comenzó entonces a trabajar como viajante de productos farmacéuticos, haciendo sus viajes por Nueva York y Nueva Jersey (que era su territorio) en ómnibus y durmiendo en hoteles baratos en el camino, para ahorrar lo que podía de su pequeño salario y dárselo a Litza. Fue más afortunado que la mayoría de los hombres en tener al menos un empleo. Pronto resultó claro que deberían mudarse a un departamento más barato. Encontraron un departamento en un cuarto piso sin ascensor en la calle 157 Oeste, en Washington Heights, en el borde mismo de lo que entonces se llamaba el Harlem Negro, donde se amontonaba más de un cuarto de millón de negros de los estados del sur, las Indias Occidentales y África. La tuberculosis pulmonar prevalecía en la zona. A catorce cuadras al sur de su nuevo hogar, la calle 143 tenía la tasa de mortalidad más alta de toda la ciudad por dicha enfermedad.

Litza se volvió todavía más protectora en relación con sus hijas y cada vez más resentida con George por haberlas arrastrado a este nivel. No cambiaba nada para ella que millones de otros hombres como él hubieran perdido sus negocios y sus empleos, que muchos de ellos estuvieran en una situación peor que la que ella tenía o que George hiciera lo máximo que podía. Él se aseguraba de que a su familia nunca le faltaran alimentos o cosas necesarias, que las niñas tuvieran zapatos nuevos y siempre estuvieran bien vestidas. El departamento tenía dos dormitorios y una cocina lo bastante grande para su mesa blanca esmaltada y sus sillas. La pianola, los íconos de Litza, los manteles de encaje y los candelabros de plata también se habían mudado con ellos y tenían un viejo fonógrafo a manivela en el que se podía tocar música de Puccini.

Litza a menudo estaba desolada, pero había algunos momentos felices durante estos días duros: picnics, excursiones con George, en las que se convertían en una familia verdadera. El 6 de enero, el día de Reyes, tomaban el ómnibus para ir al centro a mirar a los greco-norteamericanos “marchando en procesión por las calles, conducidos por sacerdotes que lucían sus suntuosas vestiduras, con íconos llevados por acólitos”. Nunca llegaron hasta Battery para ver al sacerdote arrojar en las heladas aguas la cruz que llevaba con una bendición para el mar, la cual entonces era recuperada por un creyente que se zambullía tras ella. El 25 de marzo, día de la independencia griega, se ponían sus mejores ropas y asistían a las celebraciones y al servicio en la Sagrada Trinidad. George se había norteamericanizado mucho y sólo les hablaba en inglés a las niñas. Litza aprendió apenas el idioma. Escuchaba los programas en griego de la radio y leía el diario griego *Keryx*. Cuando podía afrontarlo, asistía a representaciones de uno de los dos grupos teatrales griegos de Nueva York. Estaba decidida a mantenerse fiel a su etnia y cuanto más se aferraba a ella más se apartaba de George, quien quería que él y sus hijas se integraran más a la vida norteamericana.

Incapaz de ganarse el amor de su madre y clamando por su padre, más cariñoso y gentil aunque por lo general estaba ausente, María se volvía hacia su hermana mayor en busca de amor y atención, que Jackie era feliz de darle. María se convirtió en su sombra, siguiéndola a dondequiera que fuera. Una día cruzó intempestivamente la calle sin atender a las luces para recibir a Jackie que bajaba del ómnibus de la escuela y no vio el auto que se precipitaba sobre ella. El vehículo la golpeó, arrastrándola por una corta distancia. La llevaron al Hospital St. Elizabeth en la avenida Fort Washington. Milagrosamente, a pesar de estar golpeada y muy conmocionada, no estaba seriamente herida y pudo volver a su casa en pocos días.

María estaba creciendo como una niña solitaria, que se quedaba sola muchas horas por día mientras su hermana asistía a la escuela y su madre sufría ataques de melancolía. Como su cumpleaños era en diciembre, no se le permitió empezar primer grado hasta el siguiente mes de septiembre, en que tendría casi siete años. En la escuela se sentía rara, veía mal –incluso con anteojos–. También era gordita y tímida. Hizo pocas amigas y nunca sabía en qué estado emocional encontraría a su madre al volver de la escuela. Su alegría más grande

era quedarse sentada en silencio y escuchar en el gramófono los pocos discos que tenían.

A los siete años, María empezó a cantar acompañando las grabaciones y Litza se dio cuenta de que su hija tenía talento, heredado sin duda de su lado de la familia. María tenía buena voz. Su oído era fenomenal para una niña de su edad y, más sorprendente aún, cantaba con cierta comprensión tanto de la música como de la letra, aunque no conocía la lengua en que eran interpretadas. La *signorina* Santrina, una maestra de piano que vivía en el primer piso de su edificio, ya le daba lecciones a Jackie, quien mostraba cierta habilidad, a cincuenta centavos por sesión. Litza convenció a la *signorina* Santrina de que enseñara a ambas niñas al mismo tiempo por veinticinco centavos adicionales.

De pronto se despertó el interés de su madre en ella. Tal vez María podría lograr aquello que ella había permitido que se le escapara de las manos: una carrera en escena. Imposibilitada de comprar discos, todos los sábados por la tarde llevaba a las niñas a la biblioteca principal de Quinta Avenida y la calle 42, donde había una sección de música y se podían escuchar discos. Cuando volvía a casa, María cantaba selecciones de ellos, canciones como "La paloma" y "Un corazón libre" (que la estrella infantil de la década del treinta, Deanna Durbin, convertiría en sus clásicos). Durante esos difíciles tiempos de la Depresión, Estados Unidos estaba enamorado de las estrellas infantiles y el cine las convertía en ídolos. ¿Por qué no María?, insistía Litza. Pero María no era una criatura adorable. Era bastante común, poco atractiva y gorda. Además, tenía escasos deseos de convertirse en una estrella infantil, aunque fuera remotamente posible. Detestaba ponerse de pie delante de gente. Le daba vergüenza su aspecto, la aterrorizaba que la gente se burlara y era muy corta de vista.

Una cosa, sin embargo, era verdad. Le encantaba cantar.

"Compadezco a cualquier niño que haya crecido en ese período [los años veinte y treinta] de niños prodigio", se lamentaría María después,

cuando los padres tenían esas maravillosas ideas respecto de volverse ricos y famosos... Yo tenía esta voz y [mi madre] me empujó a emprender una carrera. Yo también era considerada una especie de niña

prodigio... Tal como resultaron las cosas, no puedo quejarme. Pero cargar a un niño tan temprano con responsabilidades es algo contra lo cual tendría que haber una ley. Los niños prodigio siempre estuvieron privados de una infancia auténtica. No es un juguete especial –una muñeca o un juego favorito– lo que recuerdo, sino las canciones que me hacían ensayar una y otra vez, a veces hasta el agotamiento, para que brillara al final del año escolar. A un niño no debería despojárselo de su infancia por ningún motivo: se agota antes de tiempo.

Todos los desencantos y las frustraciones privadas de Litza se desencadenaron en sus ambiciones respecto de María. Al principio, la ligera voz de mezzo-soprano de su hija era dulce pero fina. Después de todo, era sólo una niña. Si hubiera cantado el tipo de canciones populares por las que Shirley Temple se estaba volviendo famosa, habría sido una cosa. Pero Litza sólo le permitía aprender piezas de naturaleza más clásica. Fue un milagro que, durante las horas que pasaba por día con ella en el viejo piano vertical (que había cambiado por la pianola), no haya arruinado completamente las capacidades vocales de María forzando su voz y haciéndola llegar a notas de coloratura, ya que tendría que haber sido cuidadosamente guiada a edad tan temprana.

Las primeras apariciones públicas de María fueron en la Escuela Media de Washington Heights. A los diez años, con una cinta atada alrededor de su cabello corto, una falda corta que revelaba sus piernas gorditas, cantó el "Ave María" de Gounod y la Habanera de *Carmen* de Bizet. Un vecino sueco, John Eriksen, que cantaba en el coro de la Metropolitan Opera Company, la oyó practicando a través de la ventana abierta y se ofreció a darle lecciones de canto gratis. Le advirtió a Litza que la niña no estaba usando la voz de la manera correcta y que le podía hacer un gran daño continuar así. Trabajó con ella varios meses durante el verano de 1934, ayudando a que su voz se abriera y extendiendo su gama vocal apreciablemente, para que se sintiera cómoda cantando las notas más altas de las arias de soprano, así como mostrándole cómo desarrollar el registro medio y su lirismo. No hay dudas de que este maestro, al que nunca le pagaron y que luego nunca fue reconocido, le ahorró a María muchos problemas que podrían haber dañado su voz. Litza no sabía nada de entrenamiento vocal. Su única meta había sido lograr que María cantara más fuerte y más alto para que pudiera llamar la atención.

Cuando tenía doce años, María tuvo un papel en una producción escolar de *Mikado* de Gilbert y Sullivan y en su graduación cantó la asombrosa aria de coloratura "Je suis Titania", de *Mignon* de Ambroise Thomas, con sus gorjeos estratosféricos. Convencida de que María sería una virtuosa, Litza la arrastró a pruebas de radio, y finalmente ganó un lugar para ella en el *Major Bowe Amateur Hour*, la competencia de talentos más popular del país. Varios jóvenes ganadores habían obtenido contratos para Hollywood y para la radio y Litza sentía que María podía ser uno de los afortunados. Litza le dio a su hija el nombre de "Anita Duval" en su primer contacto por correspondencia con el programa de radio. Luego lo cambió a "Nina Foresti" (pensando que el nombre italiano tenía más interés) para su prueba, en la que cantó "Un bel di". La aceptaron para cantar en el programa. Aterrizada, vestida con ropas que la hacían parecer todavía más pequeña que sus once años y más torpe, intercambió unas pocas palabras nerviosas con Major Bowes antes de empezar a cantar "Un corazón libre" con Jackie (de diecisiete años y graduada de la escuela secundaria) en el piano. A pesar de unos pocos tropiezos causados por la inseguridad y la miopía de ambas niñas (Litza no les permitió usar anteojos a ninguna de las dos hermanas), María salió segunda, después de un acordeonista, ganando un reloj pulsera y 50 dólares (una buena suma en esos días). No hubo llamados ni de la radio ni del cine.

"¡Un acordeonista!", había dicho despectivamente Litza. "¡Qué saben los norteamericanos de buena música!"

Litza estaba convencida de que lo que sus dos hijas necesitaban era el tipo de educación musical que sólo se podía recibir en Grecia. Le rogó a George que consiguiera el dinero para volver a Atenas. Pero George no quería dejar América. Esto sólo hizo que Litza se decidiera más y en diciembre de 1936 pidió prestado dinero al doctor Lantzounis para pagar el pasaje en barco de Jackie a Atenas, donde se quedaría con su abuela hasta que María terminara su año escolar, momento en que las dos se reunirían con ella. George hizo todo lo posible por retener a María en Nueva York, pero nada podía detener a Litza. Cuando el período escolar de María terminó, el 28 de enero de 1937, vendió todo lo que tenía de valor, incluido el piano y, con un préstamo de uno de sus hermanos para compensar la diferencia, compró dos pasajes de segunda clase para Grecia en el *Saturnia*, que saldría el 14 de marzo, seis semanas más tarde. Le prometió a Geor-

ge que volverían a fines del verano, para Navidad como máximo, y él accedió a enviarles 125 dólares por mes para mantenerse, suma que representaba casi la mitad de lo que ganaba.

“Párate frente a la baranda y saluda a tu papá”, le dijo George a María mientras Litza la apuraba por la planchada la tarde que partían.

“Ven con nosotros, papá”, recordaría María que le rogó mientras le aferraba la mano.

Litza la arrastró hacia adelante y en un momento no pudo ver más a su padre entre la multitud. Inmediatamente después de abordar el barco corrió a la baranda. Al principio no lo pudo encontrar. Luego lo vio, saludándola frenéticamente con la mano, y ella a su vez le hizo señas. Él le gritaba, pero ella no podía oírlo. Entonces alguien se le puso adelante; cuando finalmente pudo volver a la baranda, él ya se había ido. El silbato del barco sonó y el *Saturnia* se movió lentamente en una tarde pálida y fría, entre los fantasmales sonidos de las sirenas. Sus pasajeros ignoraban las nubes de guerra que se cernían sobre su destino.

